

Maite Conesa Navarro



JOSÉ NÚÑEZ LARRAZ
Salamanca, paisaje interior

DGCL

JCL

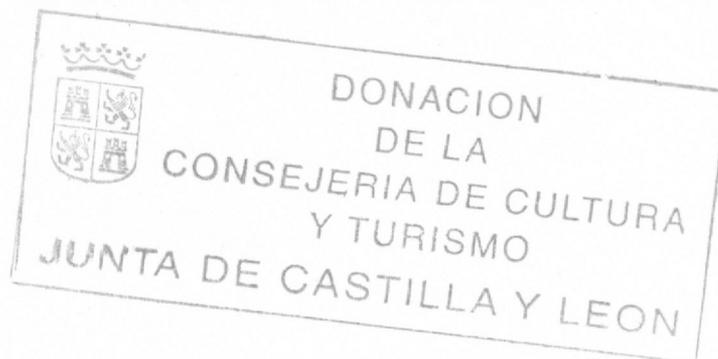
4

JOSE NINEZ BARRAZ
SANTANA PISA S/N

t. 473289

CB. 1224602

JOSÉ NÚÑEZ LARRAZ
SALAMANCA, PAISAJE INTERIOR



JOHN WILSON LITTLE
JOHN WILSON LITTLE
SALAMANTER AND ENTERTAINMENT

MAITE CONESA NAVARRO

JOSÉ NÚÑEZ LARRAZ
SALAMANCA, PAISAJE INTERIOR

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Cultura y Turismo
2008



Reproducciones: Jovita Fernández del Campo

© Del texto: Maite Conesa Navarro
© De las imágenes: Ángela San Francisco e hijos
© 2008, de esta edición:
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Cultura y Turismo

Queda prohibida la reproducción de textos e ilustraciones sin la preceptiva autorización de sus autores o propietarios, de acuerdo con la legislación vigente

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-9718-517-2
Depósito legal: S. 791-2008

Imprime: Gráficas Varona, S.A.
Polígono Industrial «El Montalvo I»
Parcela 49. Salamanca



Sumario

Presentación

MARÍA JOSÉ SALGUEIRO CORTIÑAS
Consejera de Cultura y Turismo
de la Junta de Castilla y León

— 9 —

PEPE NÚÑEZ EN EL RECUERDO
Maite Conesa Navarro

— 11 —

ÁLBUM

— 21 —

En 1993, la Junta de Castilla y León publicó, a través de la Filmoteca Regional, el libro titulado *José Núñez Larraz. Seis décadas de fotografía*. Una antología personal de la vastísima obra del autor, seleccionada por él mismo y que abarcaba muy diversos aspectos de su trabajo artístico, desde una perspectiva fundamentalmente cronológica.

Núñez Larraz, Premio Castilla y León de las Artes en 1991, entre otras muchas distinciones, había sido el primer fotógrafo en depositar sus negativos y diapositivas originales en la Filmoteca y desde la creación de ésta en 1991, hasta su fallecimiento en 1995, mantuvo intensas relaciones con sus responsables, y en especial con la periodista Maite Conesa Navarro, encargada de los fondos de archivo del organismo regional.

Agotada en muy poco tiempo aquella edición, y en ausencia ya irreparable de Núñez Larraz, aunque ahora en contacto directo con sus herederos —que han mantenido e incluso incrementado el depósito inicial—, la misma autora ha abordado la ardua tarea de ofrecer una nueva visión de la obra del fotógrafo. Una visión necesariamente parcial, entre otras muchas posibles y que confiamos vayan saliendo a la luz progresivamente. Una visión centrada en Salamanca, limitada a la producción en blanco y negro y en soporte de celuloide de 6 x 6 cm., que trata de acercarse a la forma personalísima en que el artista contempló su ciudad durante los duros años de posguerra, después de ser políticamente represaliado por sus convicciones republicanas, encarcelado y desposeído de su carné de fotógrafo de prensa.

Una mirada, pues, que parte de su propia casa, se asoma tímidamente al exterior, sale poco a poco a las calles, en busca del detalle insólito, del personaje anónimo y solitario, del grupo humano en su vida cotidiana y del rincón urbano más modesto, sin excluir tampoco los espacios monumentales, pero siempre con una decidida voluntad anticonvencional, muy alejada del ‘postalismo’ estático y esteticista, atenta sobre todo a la cara oculta de una realidad mil veces reproducida en términos encomiásticos.

Salamanca, paisaje interior podría titularse también ‘El otro Núñez Larraz’. Por fortuna, sin embargo, hay todavía en los archivos de la Filmoteca otros ‘muchos’ Núñez Larraz, dentro de la rigurosa coherencia que presidió su incansable labor creativa. Y al presentar este volumen, que sirve también de catálogo a una exposición de carácter itinerante, organizada en colaboración con la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, la Junta de Castilla y León rinde un nuevo homenaje al artista, al tiempo que agradece a su familia —Angelita San Francisco y sus hijos José Ángel y Carmen— su confianza en la Filmoteca, y a la autora de la selección y del texto introductorio su entrega a una labor imprescindible, que seguirá dando frutos en el tiempo, para mantener permanentemente viva la figura y la obra de un creador irreplicable.

MARÍA JOSÉ SALGUEIRO CORTIÑAS
Consejera de Cultura y Turismo
de la Junta de Castilla y León

Pepe Núñez en el recuerdo

Seleccionar y recordar la obra de José Núñez Larraz sin Pepe Núñez es una experiencia extraña para quien se enfrenta hoy a sus negativos y diapositivas. Acostumbrados a su generosa participación, su intervención en la elección de las imágenes fue siempre activa y contundente, no impositiva –un adjetivo desterrado de su personalidad–, pero sí a la vez muy eficaz a sus propósitos, que no eran otros que mostrar una y otra vez sus fotos más queridas.

Ninguno de cuantos debíamos preparar con él una antológica nos atrevimos a contradecir su gusto estético. ¿Cómo discutir a quien ha dejado un legado tan coherente, tan audaz, dentro de su modo de interpretar el mundo, un enfoque, una luz, una escena? ¿Cómo decir que no a quien ha sido maestro de una generación de fotógrafos, impulsor imprescindible de la fotografía en Salamanca, artista innovador en su planteamiento estético y audaz observador de cuanto le rodeaba?

Se echa de menos su mirada, repleta de querencias y preferencias hacia algunas de sus imágenes que invariablemente le acompañaron en las muestras públicas de su obra. Tanto respeto por la imagen que de su propio trabajo le apetecía transmitir quizá haya paralizado más tiempo del reco-



mendable la tarea de realizar una nueva selección. Cuando la Filmoteca propuso la antológica *Seis décadas de fotografía* en 1993 no era la primera muestra dedicada al conjunto de su trabajo —la Diputación de Salamanca había expuesto en 1987 la primera retrospectiva hasta entonces—, pero sí la que dejó ver a un fotógrafo renovado en su longevidad y reconocido en su personalidad y su labor por multitud de seguidores. Aquella exposición coincidió con los laureles del respaldo institucional, que lo convirtieron en el primer fotógrafo, y hasta el momento el único, que ha recibido el premio Castilla y León de las Artes, en 1991.

Desde la Filmoteca le empujamos a incluir las abstracciones en blanco negro y a redescubrir a los nuevos espectadores que pudieran contemplar su obra sus personalísimas composiciones en color. Él se dejó llevar para esta retrospectiva, y nosotros también, por el afán de poner su trabajo en su sitio, de afianzar su lugar en la historia de la fotografía —él, tan poco encasillable y único, y nosotros, tan poco creyentes en las categorías— con una exposición en la Universidad, en el corazón mismo de la ciudad que muchas veces no quiso entenderlo por la mirada crítica que de sí misma le devolvía con su cámara o la incomodaba con su pensamiento de izquierdas.

O quizá, simplemente, le recriminaba que no se hubiera limitado a fijar su imagen, la impuesta, la dominante. Como si con su intencionada ignorancia pudiera condenar a aquella ciudad a la inexistencia.

Desde este punto volvemos ahora a contemplar sus imágenes. Y apostamos por una ciudad, la suya, que él supo adaptar a sus exigencias estéticas. Salamanca cedió su grandilocuencia monumental, su discurso ceremonial, al Núñez Larraz que la contuvo, la estilizó, la hizo elegante, con sus luces inigualables, sus momentos íntimos y precisos. Pepe Núñez no fue el voceador estético de aquella ciudad supuestamente heroica de los años cuarenta y cincuenta. Se fijó en la manera de moverse por ella de quienes la paseaban de fiesta y en domingo, para ganarse la vida o simplemente como tránsito hacia todos los lugares. Cuando en 1941 el director general de Prensa y Propaganda rompió en su despacho de Madrid el carné de este fotógrafo de provincias, por su ideología antifranquista, terminó su carrera de reportero pero comenzó, fruto de un proceso interior probablemente largo y doloroso, la visión de la ciudad que nos ha dejado, mucho más valiosa, única y desmitificadora.



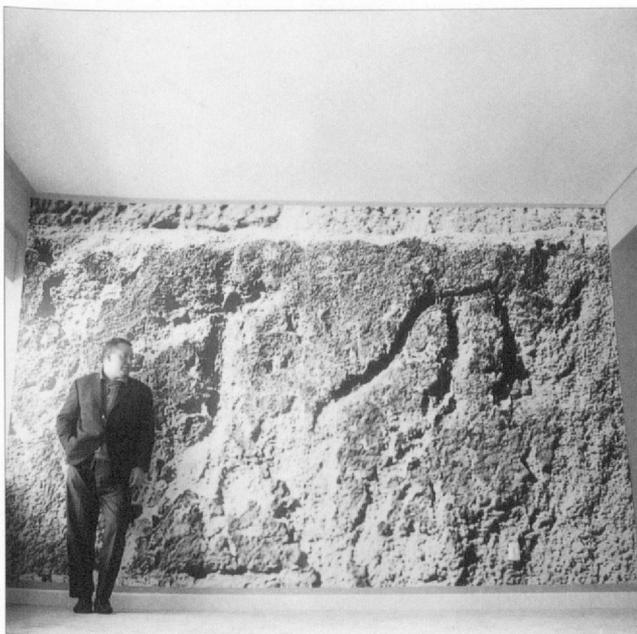
La nueva selección de fotografías trata de reflejar en este momento preciso, con 34.500 negativos y 15.263 diapositivas sobre la mesa y a los trece años de su muerte, una ciudad que pide a gritos salir a la contemplación de los espectadores. La coherencia de la mirada de Núñez Larraz la ha convertido en una pieza valiosísima para representar lo mejor de la obra del fotógrafo, pero también lo ha llevado, con paso firme, a su reconocimiento como autor innovador e indispensable en el arte fotográfico.

Al expulsarlo de la brega periodística, la ciudad sacrificó un cronista de su anodina y reiterativa oficialidad a cambio de un artista que la ha desvelado y revelado, en sus horas más bellas, más duras, más solitarias. Pero también ha elevado su pulso a la calidad del retrato urbano de una gran urbe, del París de Henry Cartier-Bresson, por ejemplo, y de Robert Doisneau, sus contemporáneos, sus referencias. Ellos, desde el bullir de una ciudad en permanente agitación; él, desde la estilización de su inmovilismo, de su carácter de plaza fuerte de los valores eternos, de la soledad de quien recorre sus caminos a contracorriente.

Para salir con su cámara a reflejar la vida diaria necesitó recuperarse antes de algunas heridas. El paisaje en blanco y negro lo acompañó en los años cuarenta y lo alejó de la ciudad; lo llevó a sus planicies y riberas, y él lo fotografió, inmenso, dramático, arrebatado... Como un cruce de caminos existencial y estético, mientras decidía a dónde encaminar sus pasos. Cuando Núñez Larraz vuelve a enfrentarse a la ciudad, a sus calles, a sus habitantes, se asoma primero a la ventana de su casa. No está preparado para exponer, pudoroso, dolorido, su mirada íntima al juicio público.

Contempla desde su tercer piso del Paseo de San Vicente la evidencia del paso de las estaciones, cada año, entre cristales, entre visillos, como miró su amiga Carmen Martín Gaité, los mismos años de aquellas vidas, los cuarenta y cincuenta, de la ciudad que unas veces los evitaba y otras los exhibía orgullosa cuando su trabajo era reconocido y premiado. Entre la manera de escribir la vida desde la Plaza de los Bandos y de fotografiar el Paseo de San Vicente y la calle Ramón y Cajal hay muchas similitudes... Sobre todo el arrinconamiento provinciano, la presencia ominosa del tiempo, que parece no avanzar en su monotonía.

Y mira más allá del alféizar, que enmarca su mirada, y descubrimos a la gente anónima que le ayuda, sin saberlo, a componer su narración estética de la ciudad, enmarcada en el unamunia-

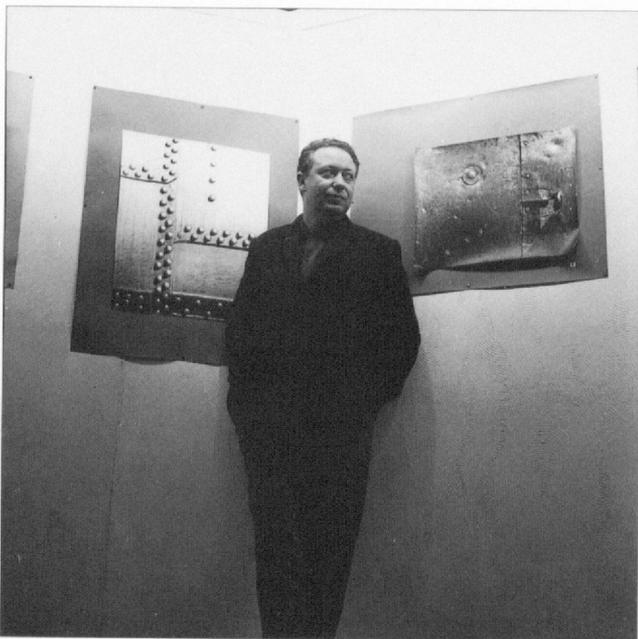


no *alto soto de torres* que nos brindaría más tarde, otra vez desde su atalaya doméstica. Su cuarto de estar se transforma en estudio y la ventana en protagonista de su obra.

A medida que avanza la década de los cincuenta, se afianza su tarea diaria de fotógrafo, se vuelve más seguro en la elección de sus temas y más personal en la manera de expresarlos, y se hace más difusa su figura como trabajador en los talleres del antiguo diario familiar, *El Adelanto*. Arropado, a veces escondido, como muchos de sus amigos, entre los estantes de su imprenta y librería, comienza a consolidar la obra que ahora contemplamos. Mira su ciudad desde su entorno más próximo; los rincones cercanos a su casa, la librería e imprenta que atendía junto a su mujer, Ángela San Francisco, situada en lo que es hoy Plaza de la Reina, y nos deja esa imagen imponente de la geometría y su reflejo de la Torre del Aire; la Gran Vía, con sus nuevos edificios construidos entre finales de los cuarenta y la década de los cincuenta; la ciudad que crece en los sesenta, orgullosa, con el 'rascacielos' de la Avenida de Portugal, y que mantiene a la vez la imagen rural del barrio de la Universidad, las Tenerías o La Palma. Como lugar de encuentro, la Plaza Mayor, siempre preparada para recibir a propios y extraños, trampantojo indispensable del acontecer de la vida pública y de la vida privada.

Sale a la calle muy temprano, le gusta madrugar y espera, espera hasta que se cruza ante su vista lo que quiere ver. De esa quietud surgen las imágenes de la ciudad en la niebla, en el claroscuro, a la que se van sumando las gentes que pisan sus calles; primero en solitario, luego en pareja, novios, amigos y niños, los pobladores de la Plaza, los niños de fiesta, los trabajadores que usan su propio cuerpo como frágil medio de transporte; y la ciudad crece, y se crece, y atrapa a sus moradores entre sus monumentos, y nos los devuelve solos ante su grandiosidad... Núñez se enfrenta cara a cara con sus torres y sus muros egregios y los difumina, ocultos entre la lluvia, diezmados por la nubes de un día de tormenta, distorsionados por perspectivas imposibles, arrastrados a la imagen de acompañantes solemnes de la vida de la ciudad.

Presentada su obra en estas imágenes como el reflejo de su gusto estético y a la vez como expresión de la peripecia de su vida, conviene situar también a Núñez Larraz en el discurso de la fotografía del siglo xx. Que él mismo citara entre sus influencias a Henry Cartier-Bresson, por un lado, y a José Ortiz Echagüe o Eduardo Susanna por otro, nos lleva más allá del apunte de una mera



inclinación de sus gustos personales. El estudio de sus miles de fotografías, consultables en la FilMOTECA gracias al esfuerzo de quienes las han positivado y catalogado –Maribel Iglesias, Jaime Peña, Ernesto Marcos–, demuestra que se ha convertido en una influencia constatable. A estos gustos confesados del autor se suman otras referencias de los análisis que su obra ha merecido en los últimos años.

José Suárez, mencionado por el propio fotógrafo como su maestro, fue quien más influyó en sus primeros pasos. Su inclinación por la fotografía fue la respuesta a una intuición que compartió con Suárez. De él aprendió a arrancar a la ciudad todos sus matices cuando el fotógrafo gallego vivió en Salamanca, adonde acudió para estudiar Derecho en su Universidad y donde se quedó para trabajar como funcionario de la Diputación.

Se encontraron entonces dos fotógrafos especiales a los que el franquismo reservaría años después la misma suerte: el impedimento de desarrollar su carrera y, en el caso de Suárez, la reducción de su obra al olvido más dramático. Juntos pasearon la ciudad y los campos salmantinos, y desde entonces llamaba Núñez a la fotografía su afición y a sí mismo, un simple aficionado.

José Suárez era en 1935 un fotógrafo innovador que daba sólidos pasos hacia el reconocimiento internacional. Dejó su trabajo salmantino y ese año expuso su visión particular de Galicia, de su gente y su trabajo, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, que fue a su vez la plataforma para exponer en París. En 1936, cuando estalló la Guerra Civil y trabajaba en una producción cinematográfica sobre los marineros de las Rías Bajas, se exilió a la Argentina. Desde allí fue a Uruguay, Japón, Grecia, Brasil... Hasta que regresó a España en los años sesenta. Viajó mucho, pero forzado por su exilio político, y publicó reportajes en los grandes diarios americanos y en la revista *Life*. La comprobación del desconocimiento de su obra, el anonimato de su trayectoria vital en su propia tierra y su frustración por motivos ideológicos, contribuyeron seguramente a su suicidio en 1974.

Núñez Larraz, por su parte, apenas abandonó los paisajes que le acompañaron desde niño y no mostró una exposición individual e internacional de su trabajo hasta 1969, en Río de Janeiro y São Paulo. De la producción fotográfica de estos años de los que presentamos su obra recordaba dos alegrías: el premio que recibió en el I Concurso Europeo de Fotografía, celebrado en Manchester en 1956, con la foto titulada *Romería*, un grupo de peregrinos descansando tras la subida a la Sierra de Francia; y años después, en 1969, la venta de toda la producción expuesta en la galería brasileña.



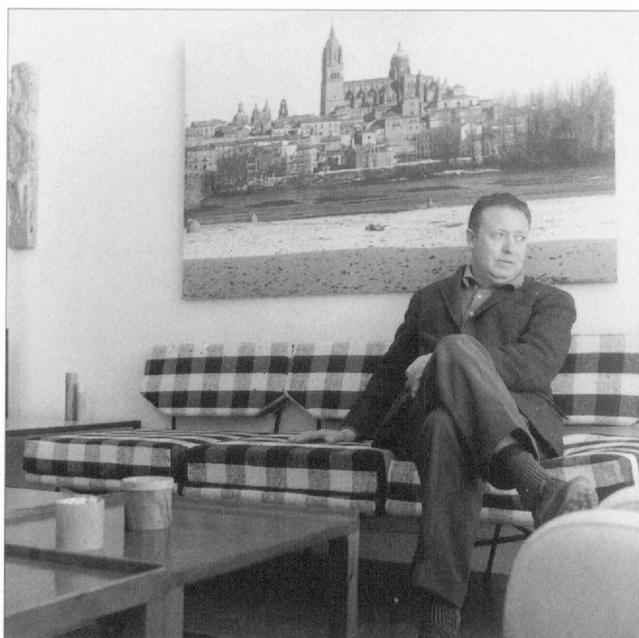
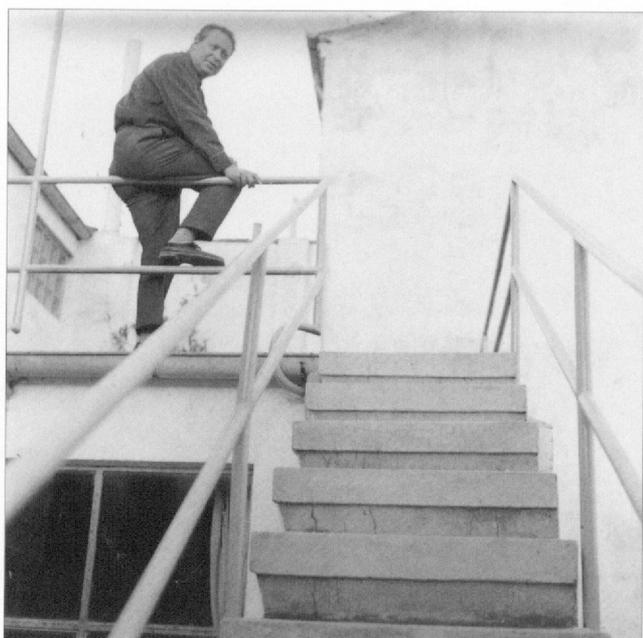
También admiraba a Ortiz Echagüe, el fotógrafo español más conocido internacionalmente y que mantuvo su apuesta pictorialista hasta 1973, cuando cesó su actividad. Núñez trabaja desde su aislamiento salmantino haciendo fotografía y sin saber muy bien lo que se hacía en otros lugares. Al buscar referencias de su obra, los críticos, como Marie-Loup Souguez, citan hoy nombres como Toni Sirera, el minimalismo de Harry Callaghan o el trabajo de Aaron Siskind, con sus composiciones de finales de los cuarenta y que cultivaron en la misma época las abstracciones en blanco y negro. Bajo sus trabajos subyace la misma filosofía de Pepe Núñez: nada es indigno de ser representado.

La historia de la fotografía española en los cincuenta y sesenta va unida a la de los fotógrafos que rompieron con sus sociedades fotográficas, especialmente en Barcelona, o desde dentro de ellas, como el Grupo Afal, la sociedad fotográfica de Almería que convulsionó la manera de hacer imágenes con su reporterismo y su proyección internacional. Fueron sus nombres más destacados Oriol Maspons, Ramón Masats, Francisco Ontañón, Alberto Schommer, Xavier Miserach, Ricardo Pomés o Julio Ubiña.

Pepe Núñez expuso en el I Salón de Invierno Afal, en Almería en 1956, y fue premiado en sucesivas ediciones.

En 2005, su nombre figuró de nuevo, por derecho propio, entre los grandes de las Bellas Artes de la tierra de Castilla y León, los pintores Juan Manuel Díaz Caneja, José Vela Zanetti o Esteban Vicente; los escultores Baltasar Lobo o Venancio Blanco; los músicos Cristóbal Halffter y Antonio Bacierno y los cineastas Francisco Regueiro y Antonio Giménez-Rico. Fue en la muestra que la Consejería de Cultura preparó para celebrar los veinte años de la concesión del Premio de la Artes de la Comunidad. Su presencia, a través de seis fotografías en blanco y negro, significó otra vez, para críticos y visitantes, la oportunidad de redescubrir su modernidad; como si cada una de sus imágenes nos invitara a mirarla con sorpresa y ojos nuevos.

Y es que la producción de Pepe Núñez sorprende constantemente. En cualquier exposición en la que comparte sus paredes con otros nombres ilustres, brilla, lanza sus vivos destellos sin agresión, pero con una contundencia de autor que no puede pasar desapercibida entre los espectadores, por muy adormecidos que paseen sus ojos sobre las imágenes propuestas. Junto a la idea de una intuiti-

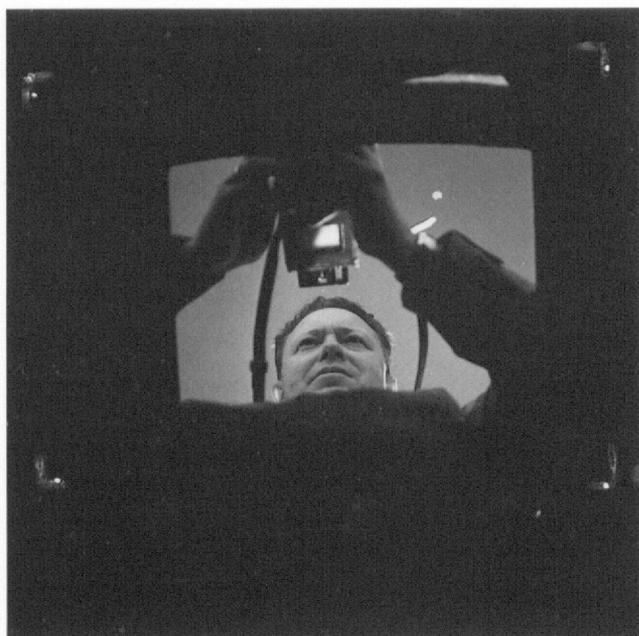


va carrera en solitario, ajena a sintonías de grupo o movimientos, quizá sea su principal característica el descubrimiento continuo que produce su obra, no sólo a los críticos que la van encajando en la historia de la fotografía española con el certero convencimiento de hallarse ante un gran fotógrafo y una personalidad de auténtico creador, sino a las nuevas generaciones que chocan de repente con ella.

Podemos situarlo, en el panorama de la fotografía española del siglo xx, con las palabras exactas de Juan Manuel Bonet, comisario de la muestra ya mencionada, escritas para su catálogo: «En su dilatada trayectoria iniciada a finales de los años veinte se advierten huellas de la fotografía pictorialista y de Ortiz Echagüe, pero también de las vanguardias —como en *Cuarto menguante* (1942)—, de la fotografía humanista francesa, de la fotografía subjetiva alemana. Maestro del blanco y negro (...), es autor de una obra impregnada toda ella de sentimiento castellano, algo patente tanto en sus hermosas vistas de su amada Salamanca como en sus figuras o en sus esenciales paisajes, que podemos poner sin dificultades al lado de los pintados por Caneja. Recordemos además sus abstracciones —algunas de ellas en color— de los años sesenta y setenta, relacionables con las coetáneas de un Ángel de Úbeda o un Fernando Nuño, y como las de estos últimos directamente relacionables con la poética de nuestro informalismo».

En estos orígenes pictorialistas —aunque en realidad Núñez Larraz dio sus primeros y decididos pasos por la fotografía con reportajes de grandes acontecimientos, como la proclamación de la República en Madrid en 1931 o la Exposición Internacional de Barcelona de 1929— insiste también Publio López Mondéjar, historiador de la fotografía, autor de la imprescindible obra gráfica y expositiva *Las fuentes de la memoria*, que lo cita como «epígono de los pictorialistas de los años cuarenta y cincuenta».

«Algunos de ellos», dice López-Mondéjar, «como Pere Sender, Veiga Roel, Loygorry, Massó o Núñez Larraz, sirvieron de puente con el realismo documental practicado por la generación siguiente». Veiga Roel se refiere a esta situación, en 1961, tras la presentación de la exposición de Otto Steinert (1915-1973), impulsor de la foto subjetiva que quedaría interrumpida por la Segunda Guerra Mundial: «Aún no estoy lo suficientemente preparado para pronunciarme por una u otra tendencia clásica o moderna, máxime cuando estoy persuadido de que lo viejo y caduco precisa una urgente y



fulminante revolución, y lo que pretenden darnos por nuevo no acaba aún de convencerme como sincera y espontánea manifestación de arte». Renovación y academicismo se mezclaban en la obra de numerosos aficionados de esta época..

Respecto a Núñez Larraz, su adscripción al pictorialismo, que se prolongó hasta los años setenta como un anacronismo, está lejos de la exaltación hueca y grandilocuente de la estética que contribuía a crear y a transmitir los gustos del poder. Creo que Pepe Núñez está, desde luego, muy distanciado de ese trasfondo ideológico; pero sí se deja atrapar por la artificiosidad de la composición y, sobre todo, por el dramatismo, en algunos casos teatralidad, por los recursos estéticos que aporta este movimiento a las escenas que capta. Y es que él apenas fotografía escenas, 'cuadros' digamos, tan del gusto de los pictorialistas, sino que capta figuras aisladas en su ir y venir, de sus cosas, de su trabajo, y paisajes con amenazas de tormentas, aguas agitadas... En las escasas copias originales que conservamos de esta época, su intervención sobre el papel es puntillista, más al estilo de la trama fotográfica que de la iluminación pictórica propia del gusto clásico. Una casita aislada, un molino...

Además de estas influencias de la fotografía imperante, Núñez Larraz transitó también por los caminos de los salones fotográficos, tan unificadores de los gustos de sus organizadores, y por las aventuras de las sociedades fotográficas, tan eficaces a la hora de difundir la obra pictorialista junto a las revistas especializadas. Algunos de estos fotógrafos sirvieron de transición con la generación del realismo documental de los sesenta.

Pero en esos años prefirió hacer abstracciones, culminando la etapa iniciada en los cincuenta. De entonces es una de sus reflexiones sobre la función de la fotografía, publicada en un diario local en 1963: «Creo que en el futuro cada vez tendrá más importancia la fotografía y por lo tanto más arte. Existe un criterio general sobre la fotografía artística con el que yo, personalmente, discrepo en gran parte: se suele admirar generalmente el efectismo de las luces, la composición ordenada y el equilibrio de formas que termina en una bella estampa. Opino que si el arte existe en fotografía, debe ser otra cosa. Debe emocionar, ante todo, y hacer vibrar, crear un estado de ánimo y reflejar un instante y un ambiente que no sea posible captar con otros procedimientos, tales como la pintura o el grabado... Tiene que ser una imagen fugaz, con la sensibilidad suficiente para que la expresión sea tomada en serio. Entonces puede transformarse en arte, hasta con mayúscula



si la captación es exquisita. Esto ocurre pocas veces, y es difícil encontrarse con una obra fotográfica casi perfecta, pero las hay y permanecen como muestras artísticas de gran calidad».

Aislado de los acontecimientos periodísticos, de los grandes viajes que tanto le hubiera gustado realizar, Núñez enseña con auténtica generosidad el entorno que le ha rodeado durante casi toda su vida. Del reflejo de su mundo recreado en imágenes recordaba el fotógrafo sobre todo sus paisajes, y le encantaría ser recordado por ellos. Paisajes son las fotos de esta muestra, paisajes urbanos, elaborados como una visión interior, contenida, estilizada, alejada de lo monumental que la distorsiona.

No hay pretensión de exhaustividad cronológica en esta selección. Sí la intención de trasladar al espectador la impresión de una época, la década de los cincuenta, que Núñez vivió y retrató, salpicada con algunas imágenes tomadas inmediatamente antes y después, que nos han parecido adecuadas para expresar la continuidad de su obra. Prescindimos también de la descripción de cada foto, porque siempre fue un trabajo realizado por su autor, le gustaba hacerlo, y dejamos cada imagen abierta a la interpretación de quien la contempla.

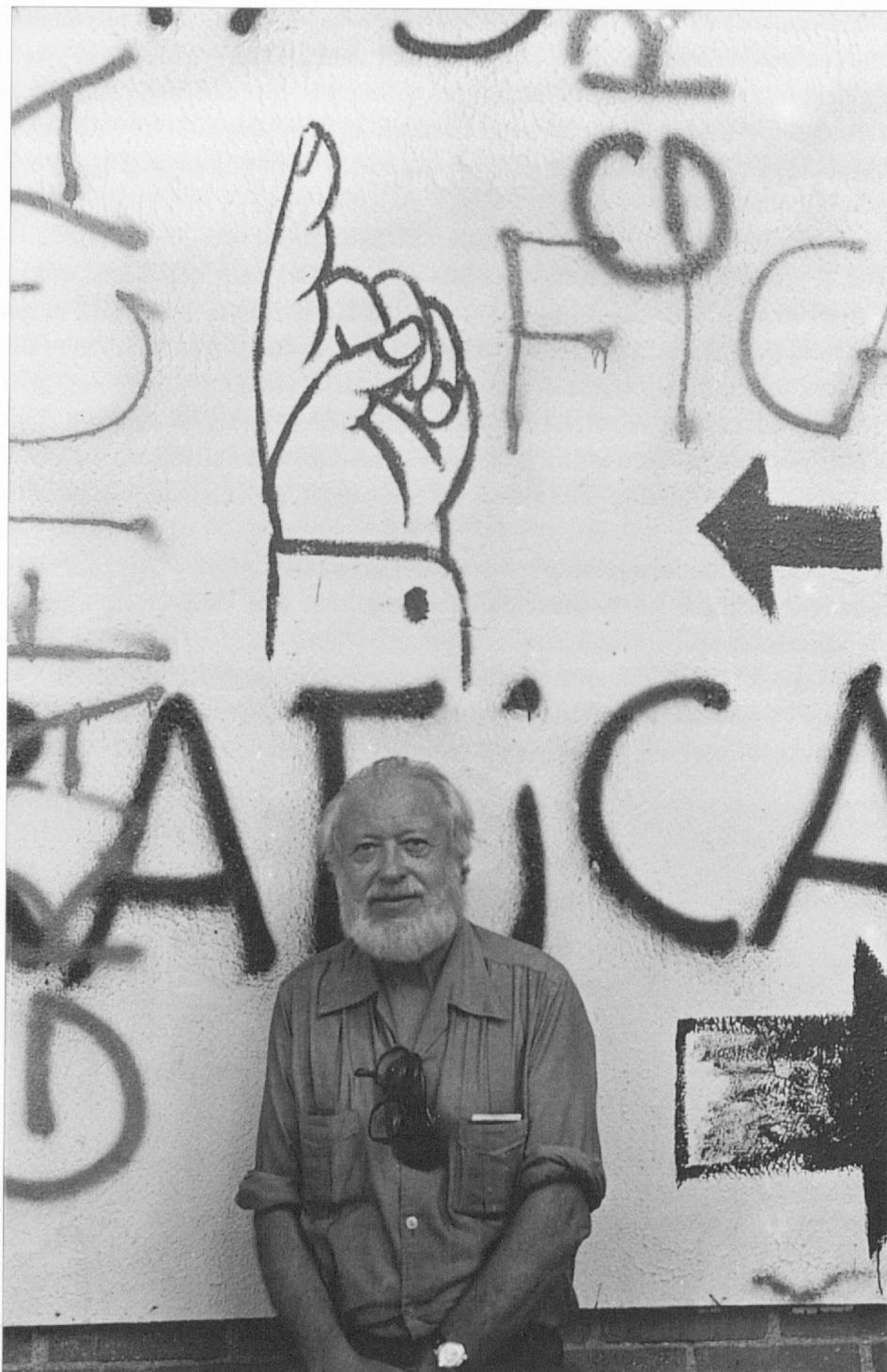
Núñez utiliza exclusivamente el color para sus fotografías desde la década de los sesenta. Decía que se «había amanerado y sucumbido a sus encantos». Y aún hoy seguimos recibiendo diapositivas y negativos de su archivo, gracias al interés y a la iniciativa de su familia, encabezada por Ángela San Francisco, que ha continuado respetando y reforzando con confianza el deseo de su marido por mantener unido en la Filmoteca el trabajo de toda su vida.

En 1974 se dejó querer por el arrebato y la sensualidad del paisaje canario, donde pasaba largas temporadas por motivos familiares. Su primera exposición fue en la Casa de Colón, de Las Palmas de Gran Canaria, ese mismo año. Seguirían otras en 1975, en Tenerife y Lanzarote, o en La Laguna en 1979.

Con estos contrastes del paisaje empezó Núñez Larraz una nueva etapa, absolutamente subyugado por la diapositiva en color que le permitía enseñar el mar o el valle de La Orotava donde vivía. Cuando volvía a Salamanca, los toros. La muestra más reciente de su producción sobre este tema se vió en 2005 en dos exposiciones de nueva producción por iniciativa de la Fundación Germán Sanchez Ruipérez de Peñaranda y por la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, que mostró una selección de su obra en Argentina con motivo de los actos de la semana cultural celebrada en Buenos Aires en 2007.



Las últimas fotos que tomó fueron precisamente de los toros y festejos en la plaza de Salamanca, en septiembre de 1995. Poco después, cuando paseaba por las inmediaciones de esa Plaza Mayor que tantas veces había fotografiado, sufrió un infarto del que no pudo recuperarse. Su legado está más vivo que nunca; sus imágenes mantienen en alerta nuestros sentimientos y despierta, siempre, la memoria colectiva de las cosas.



Álbum





























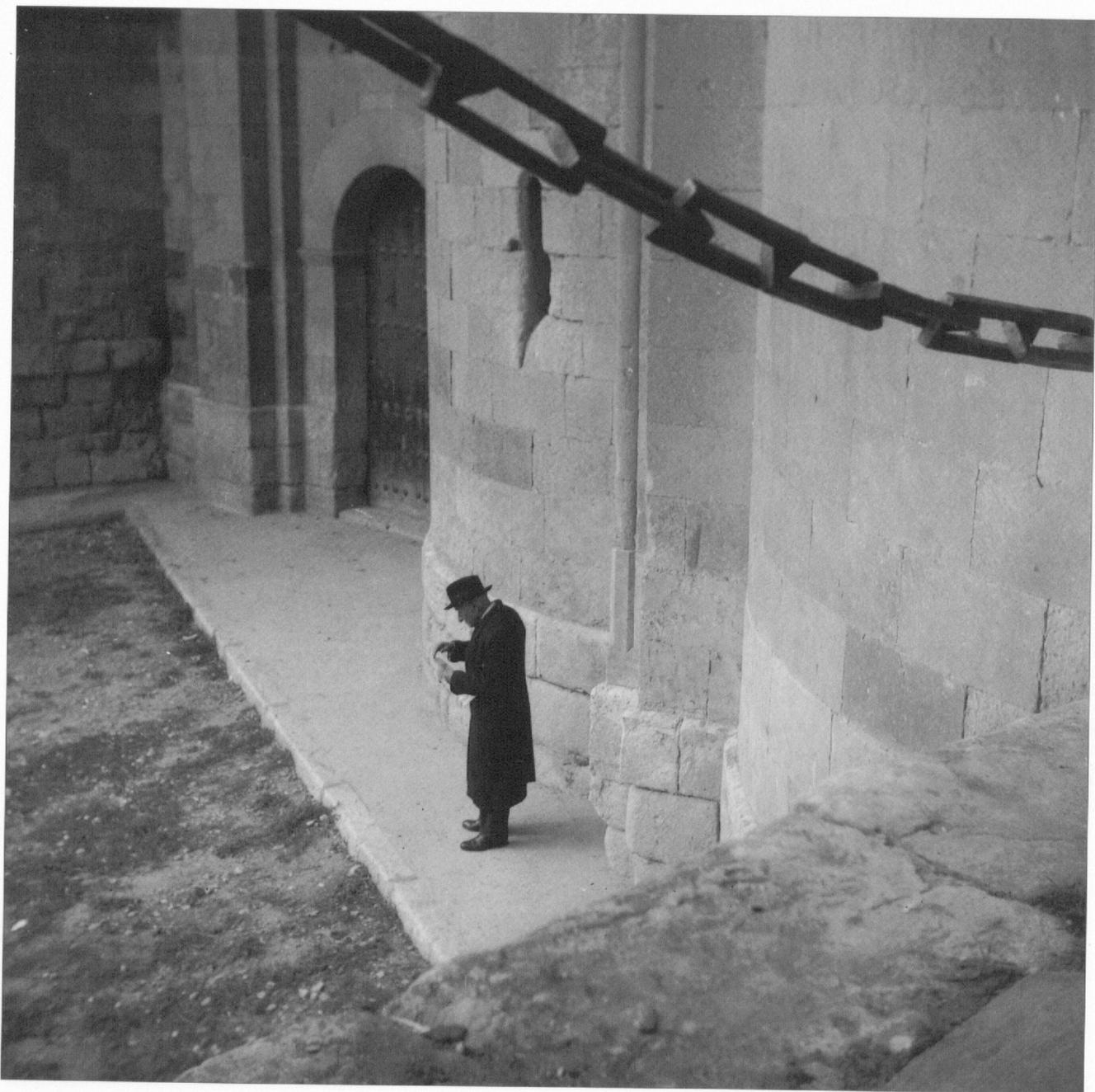














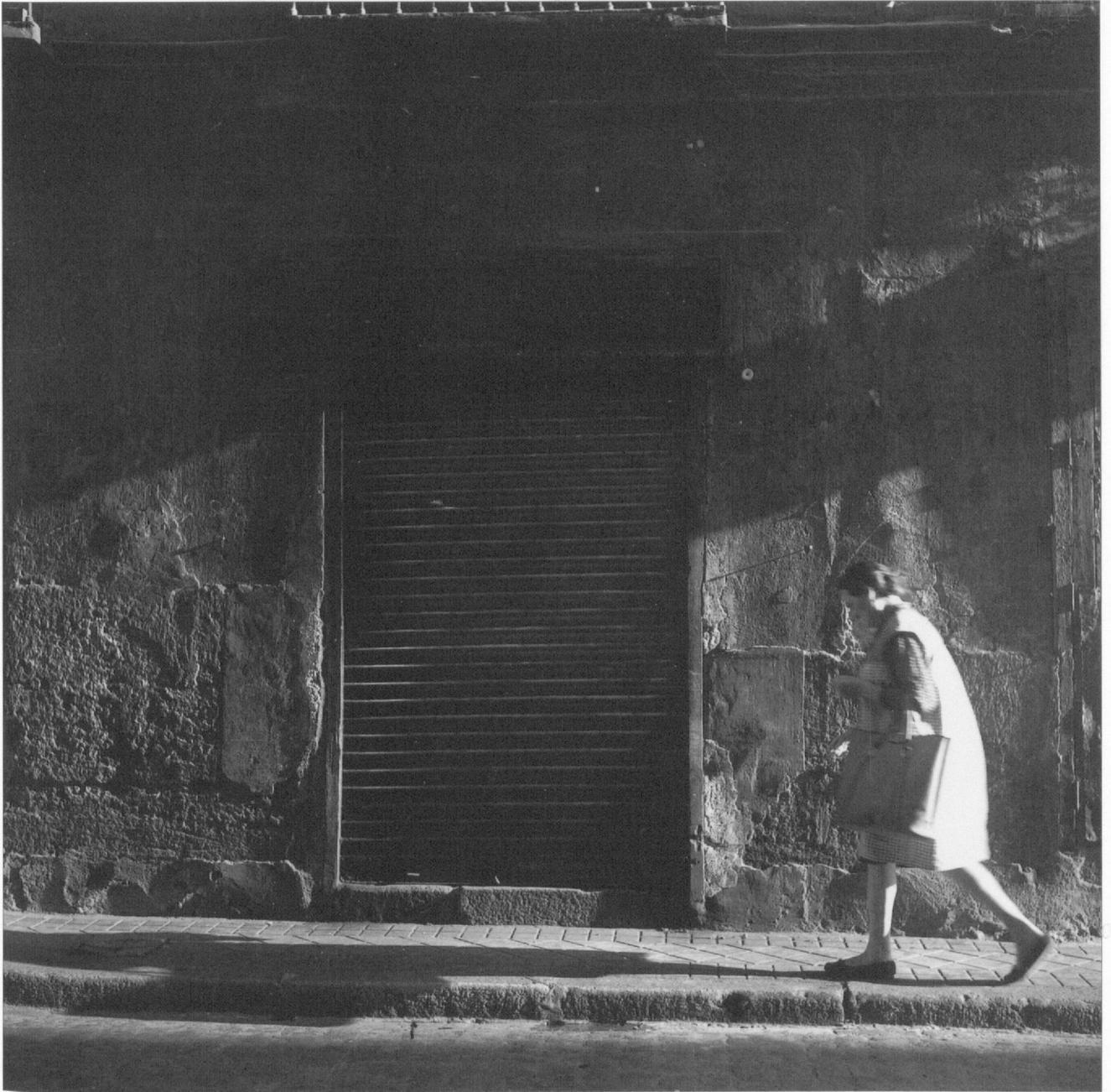


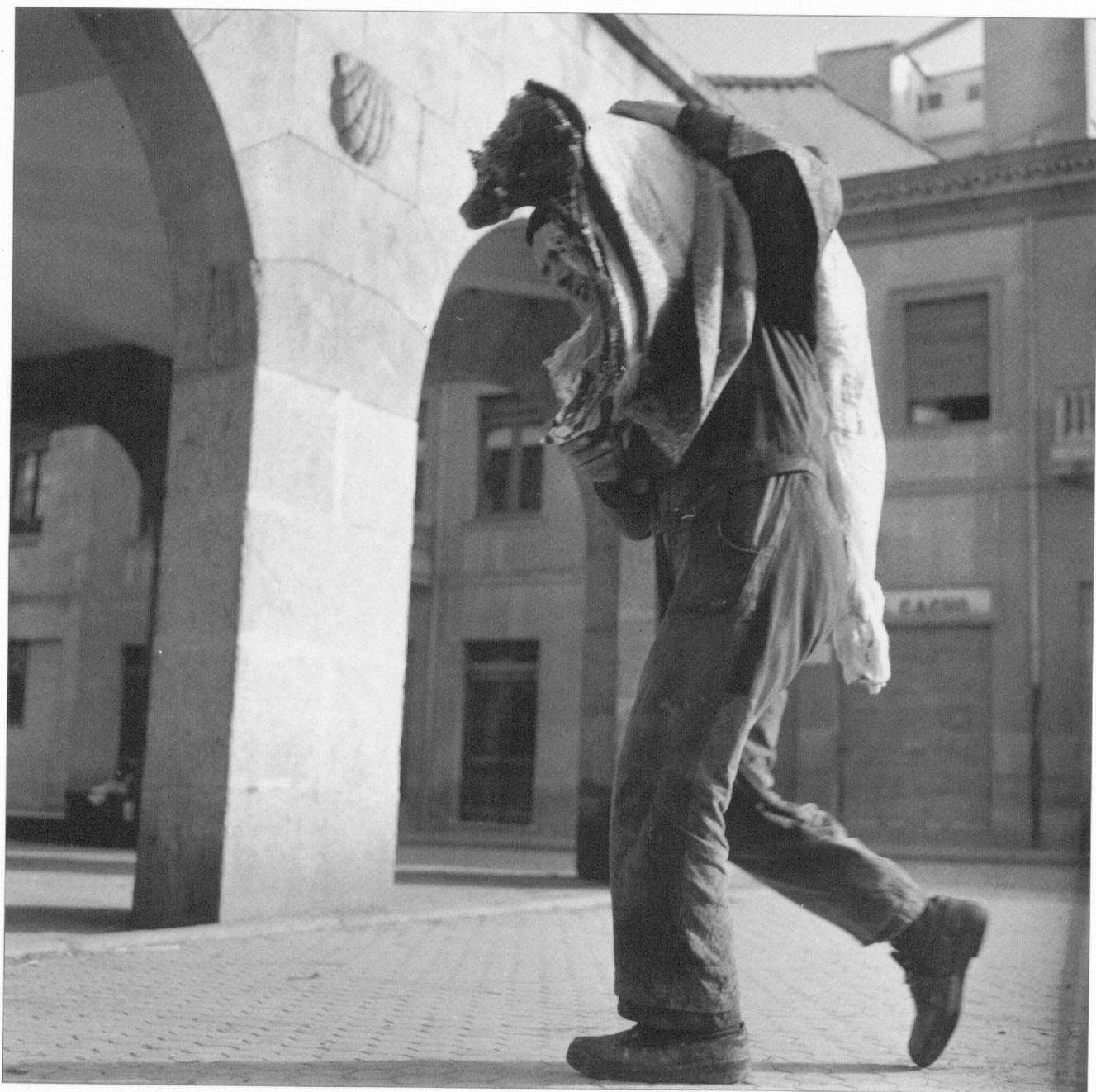




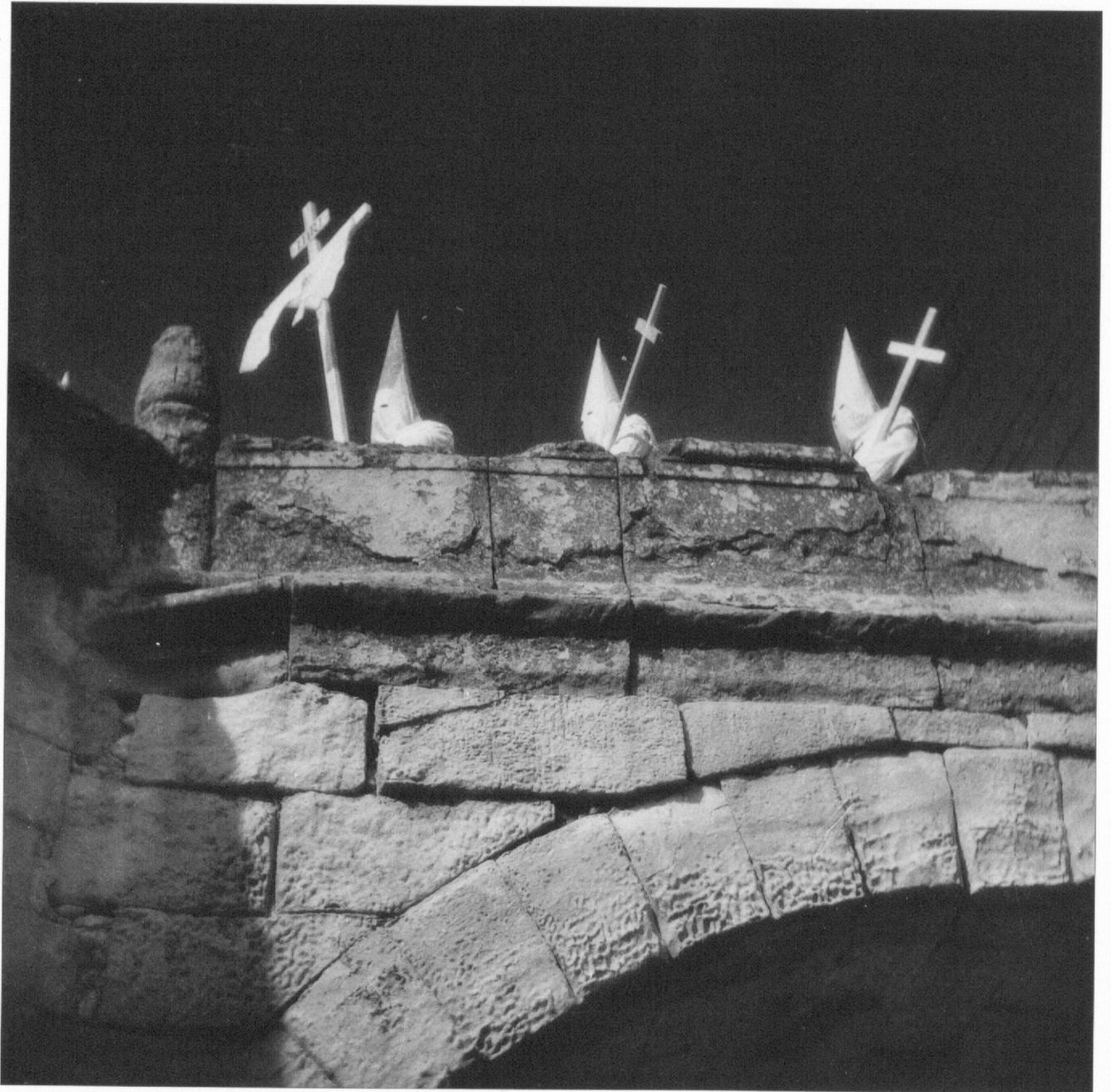


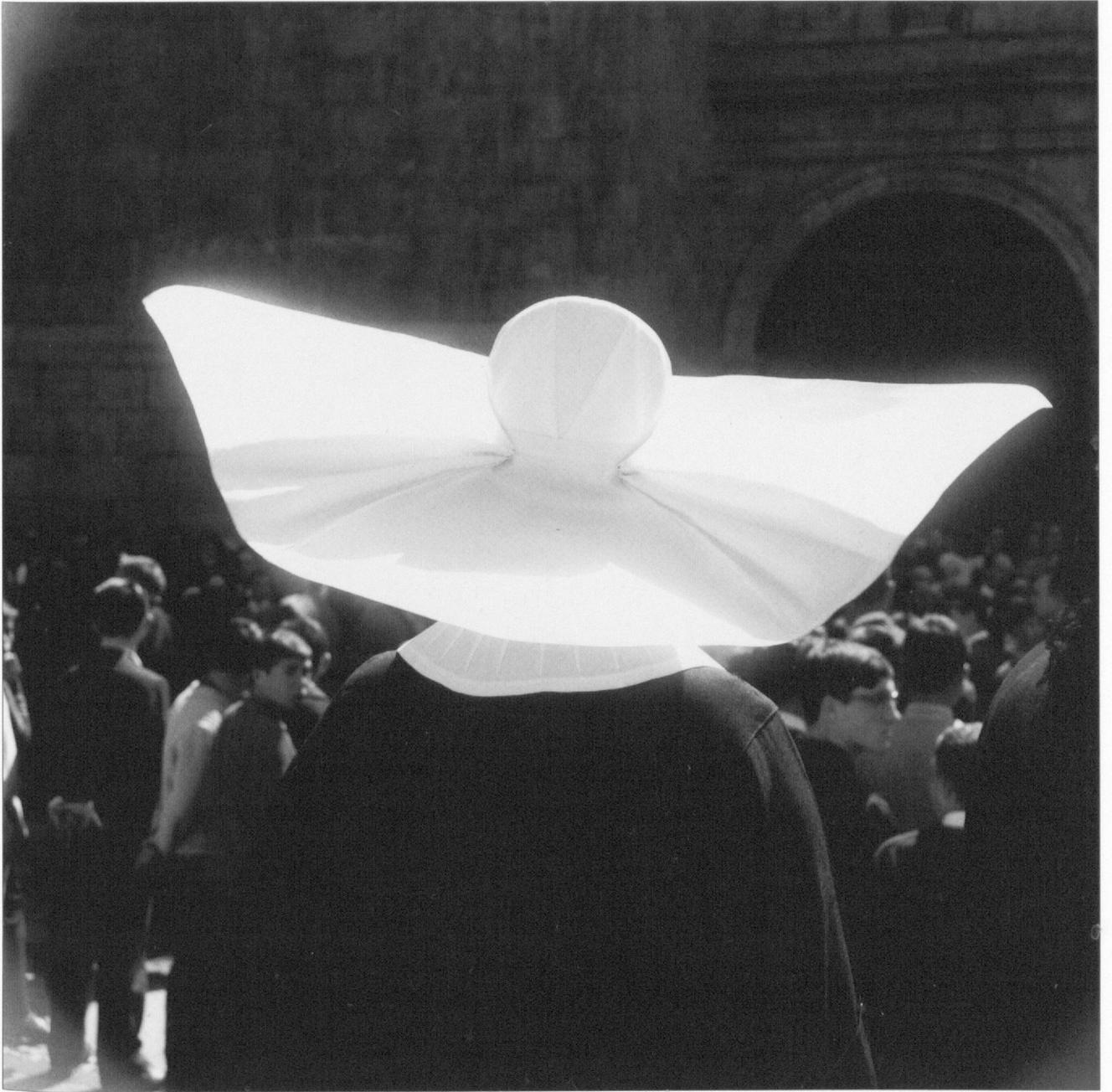




























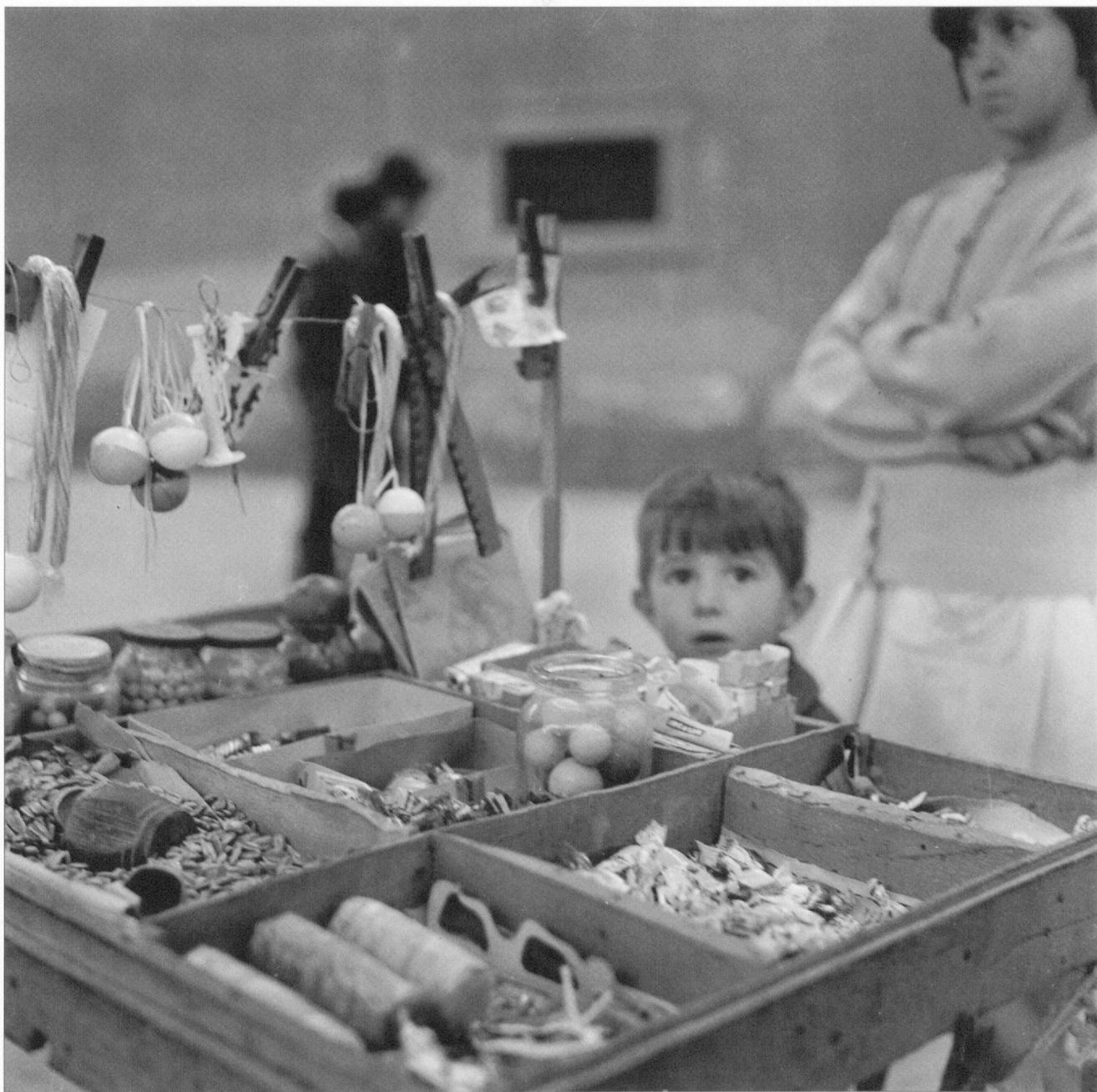


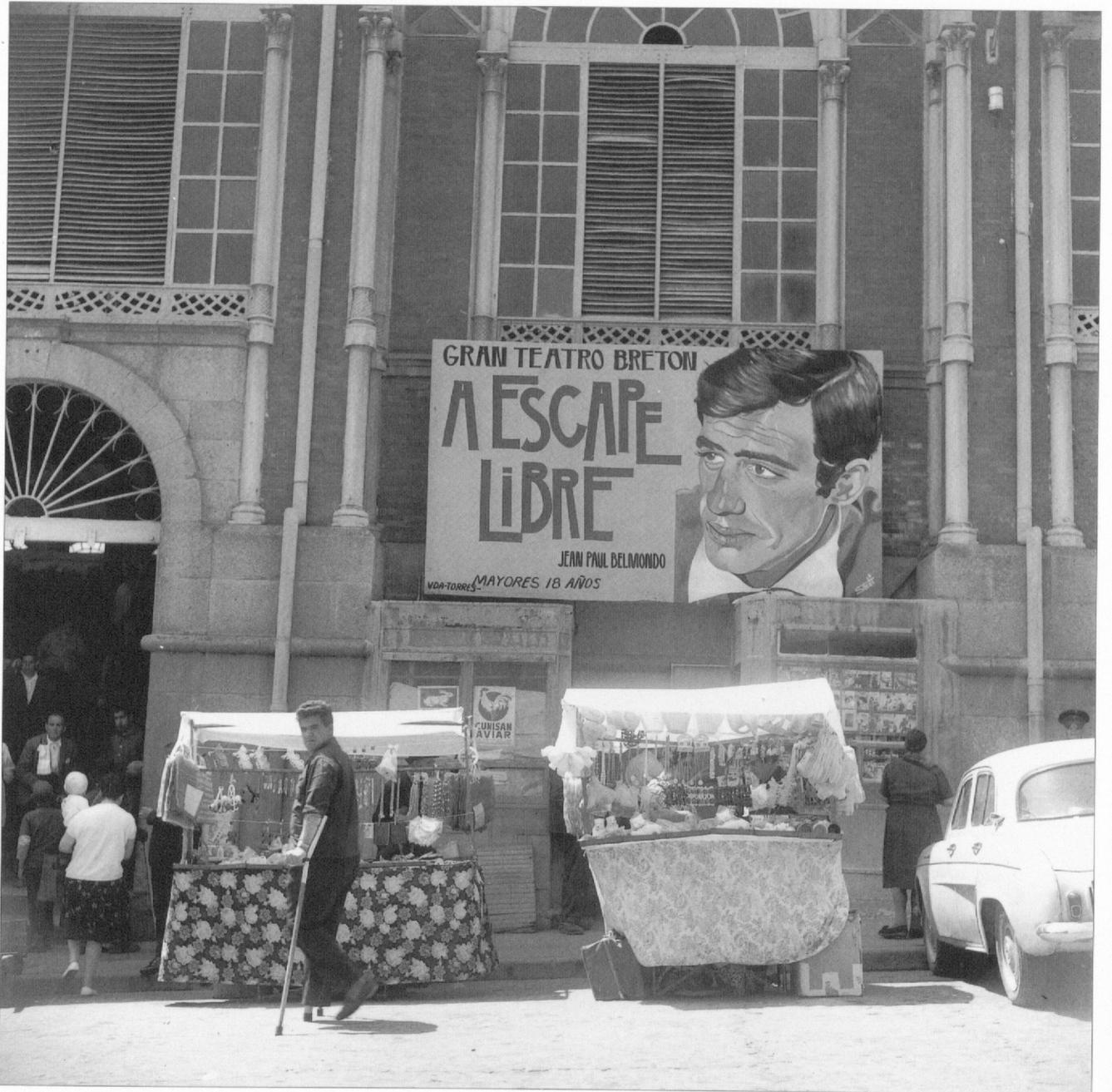












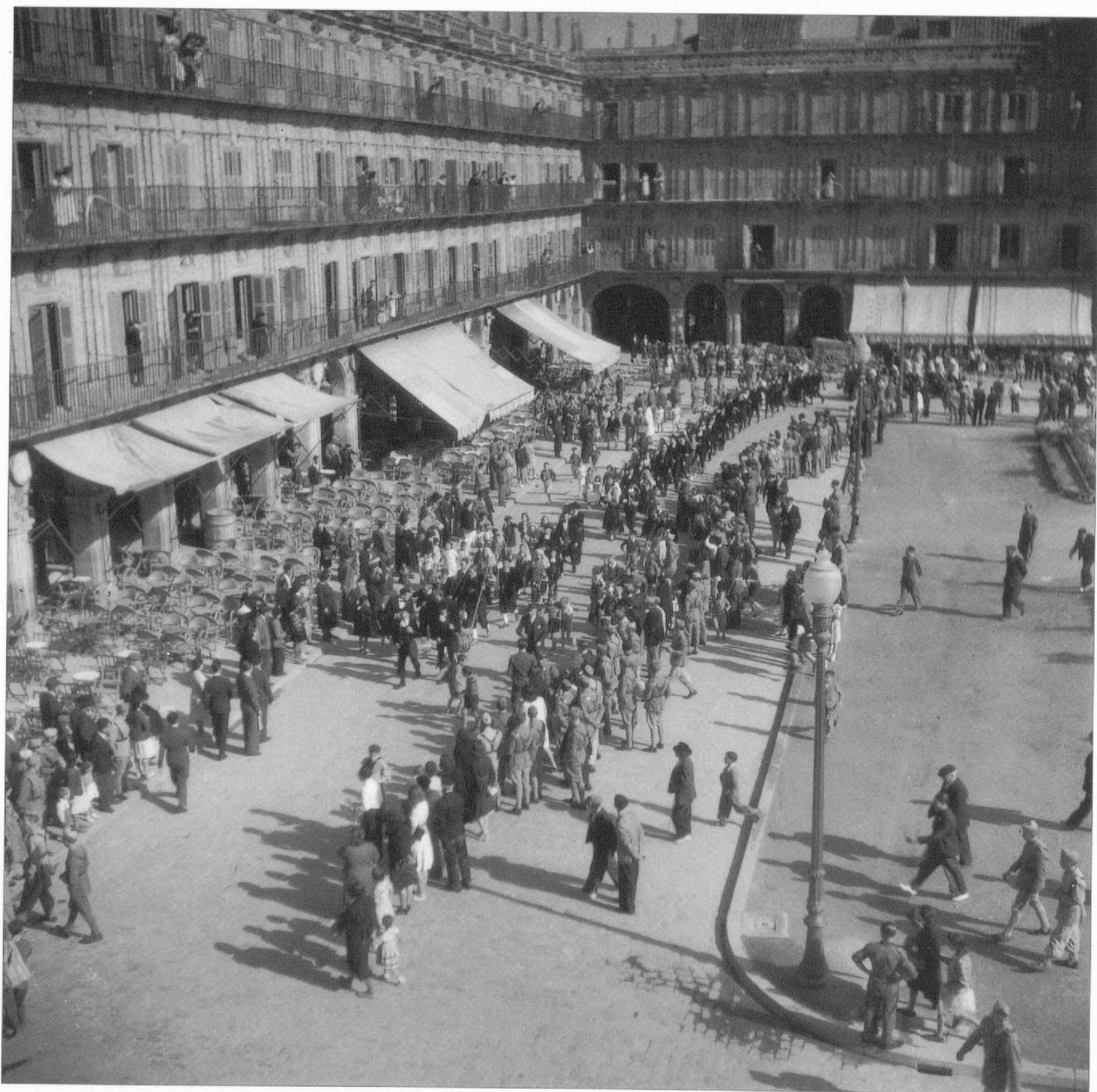










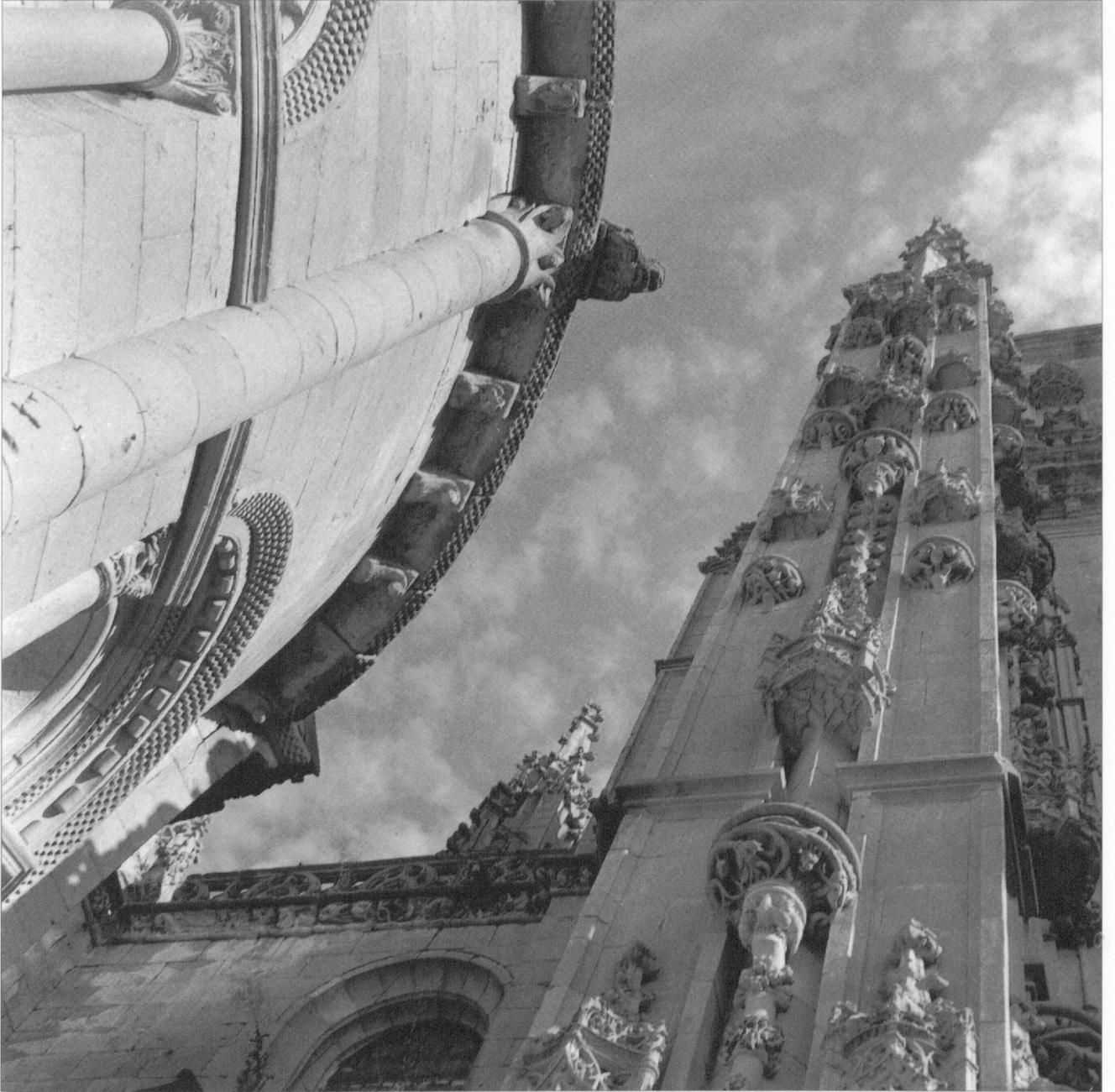




















































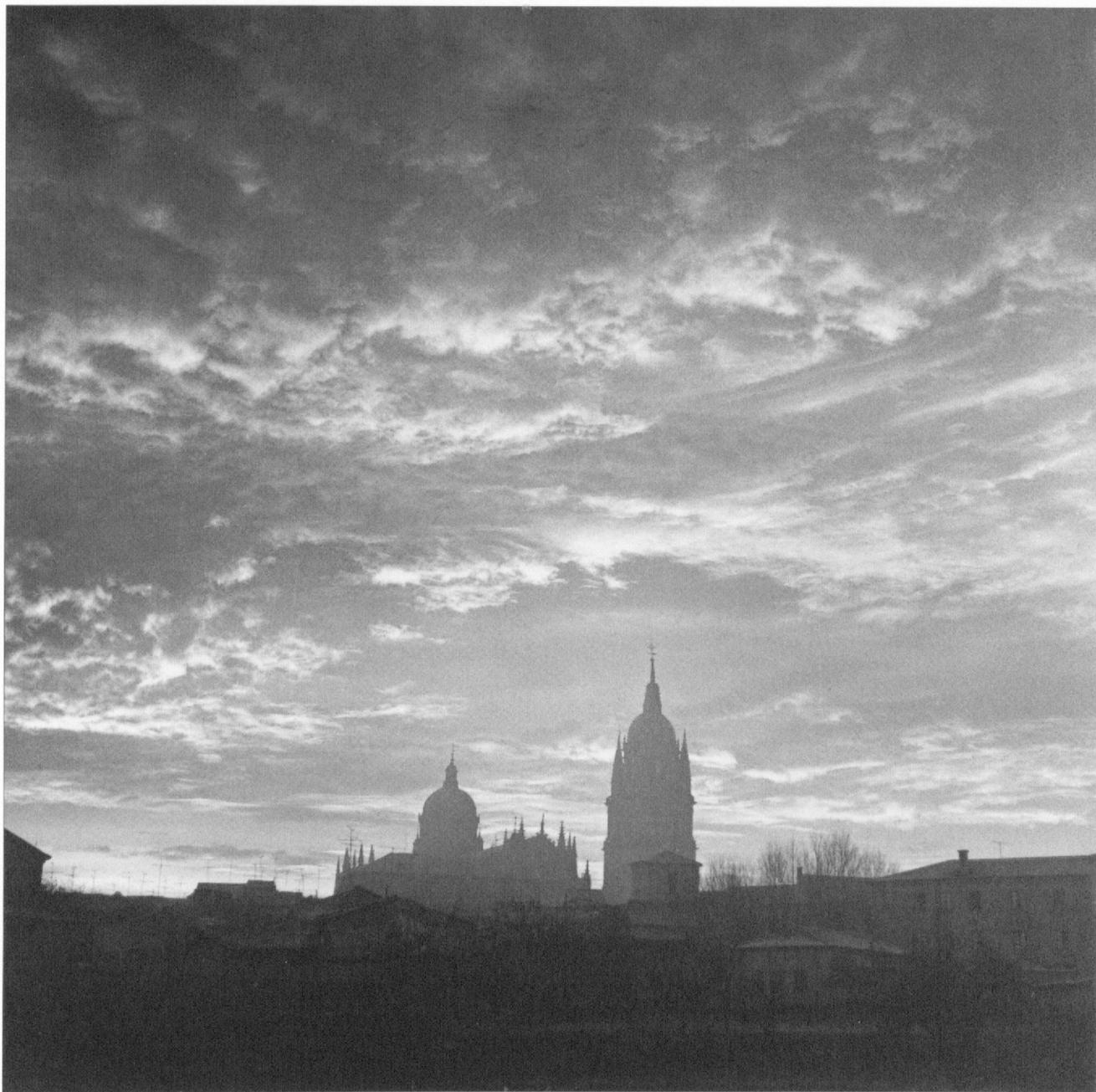


















ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN
DE LA COLECCIÓN «PATRIMONIO
AUDIOVISUAL», POR ENCARGO DE LA
CONSEJERÍA DE CULTURA Y TURISMO
DE LA JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS
VARONA, DE SALAMANCA, EL DÍA 28
DE ABRIL DE 2008, DÉCIMO TERCER
ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO
DEL FOTÓGRAFO JOSÉ NÚÑEZ LARRAZ

ISBN 978-84-9718-517-2



9 788497 185172



G 44689

Maitte Conesa Navarro JOSÉ NÚÑEZ LARRAZ. Salanca, paisaje interior